

---

**La representación política**  
Elementos para una teoría del campo político

A la memoria de Georges Haupt

Pierre Bourdieu\*  
Traducción de David Velasco, sj

El silencio sobre las condiciones que colocan a los ciudadanos, y tanto más brutalmente cuanto más desprovistos están económica y culturalmente, frente a la alternativa de la dimisión en la abstención o de la desposesión por la delegación, es a la “ciencia política” lo que es a la ciencia económica el silencio sobre las condiciones económicas y culturales de la conducta económica “racional”. Bajo pena de *naturalizar* los mecanismos sociales que producen y reproducen la ruptura entre los “agentes políticamente activos” y los “agentes políticamente pasivos”<sup>1</sup> y de constituir en leyes eternas regularidades históricas válidas en los límites de un estado determinado de la estructura de la distribución del capital, y en particular del capital cultural, todo análisis de la lucha política debe colocar en su fundamento las determinantes económicas y sociales de la división del trabajo político.<sup>2</sup>

El campo político, entendido a la vez como campo de fuerzas y como campo de luchas orientadas a transformar la relación de fuerzas que confiere a este campo su estructura en un momento dado, no es un imperio dentro de un imperio: los efectos de las necesidades externas se hacen sentir por intermedio sobre todo de la relación que los mandantes mantienen con sus mandatarios, por el hecho de su distancia diferencial con los instrumentos de producción política, y de la relación que estos últimos, por el hecho de sus disposiciones, mantienen con sus organizaciones. La desigual distribución de los instrumentos de producción de una representación del mundo social explícitamente formulada es lo que hace que la vida política pueda ser descrita en la lógica de la oferta y de la demanda: el campo político es el lugar donde se generan, en la competencia entre los agentes que ahí se encuentran, productos políticos, problemas, proyectos, análisis, comentarios, conceptos, acontecimientos, entre los cuales los ciudadanos ordinarios, en el estatuto de “consumidores”, deben luchar, con posibilidades de malentendido tanto más grandes cuanto más alejados estén del lugar de producción.

---

\* Publicado en Actes de la Recherche en Sciences Sociales, No. 36-37, pp. 3-24, 1982.

<sup>1</sup> M. Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, II, Berlin, Köln, Kirpenheuer und Witsch, 1956, p. 1067

<sup>2</sup> Las teorías neomaquiavélicas no toman en cuenta esta división sino para inscribirla en la naturaleza humana. Es así que Michels habla de “incompetencia incurable” (R. Michels, *Les partis politiques*, Paris, Flammarion, 1971, p. 299) o de “incompetencia fundamental de las masas” (op. cit., p. 302) y describe la relación de los profanos con los profesionales en el lenguaje de la *necesidad* (“la necesidad del jefe en las masas” –p. 49-, “la necesidad de veneración en las masas” –p. 59-, etc.) o de la *naturaleza* (“A la apatía de las masas y a su necesidad de ser guiadas corresponde, en los jefes, una sed ilimitada de poder. Y es así que el desarrollo de la oligarquía se encuentra favorecido, acelerado por las propiedades generales de la naturaleza humana” –p. 151).

## El monopolio de los profesionales

Para comprender aquí el análisis de las condiciones sociales de la constitución de la competencia social y técnica que demanda la participación activa en la “política”<sup>3</sup>, es necesario recordar al menos que los (\*) de los obstáculos morfológicos como la talla de las unidades políticas y el número de los ciudadanos presentes en toda forma de gobierno directo, está en alguna suerte redoblados por los efectos de desposesión económica y cultural: la consagración del capital político en manos de un pequeño número es tanto menos contrariado, siendo por tanto menos probable, cuanto más completamente desposeídos estén los simples adherentes de los instrumentos materiales y culturales necesarios para la participación activa en la política, es decir, especialmente el *tiempo libre* y el *capital cultural*<sup>4</sup>.

Por el hecho de que los productos ofrecidos por el campo político son instrumentos de percepción y expresión del mundo social (o, si se quiere, principios de di-visión), la distribución de las opiniones en una población determinada depende del estado de los instrumentos de percepción y de expresión disponibles y del acceso que los diferentes grupos tienen a esos instrumentos. Es decir, que el campo político ejerce de hecho un efecto de censura en tanto universo del discurso político y, por ello, universo de lo que es pensable políticamente, al espacio finito de los discursos susceptibles de ser producidos o reproducidos en los límites de la *problemática* política como espacio de las tomas de posición efectivamente realizadas en el campo, es decir, socio-lógicamente posibles dadas las leyes que rigen la entrada en el campo. La frontera entre lo que es políticamente decible o indecible, pensable o impensable, para una clase de profanos, se determina en la relación entre los intereses expresivos de esta clase y la capacidad de expresión de esos intereses que le asegura su posición en los aportes de producción cultural y, por tanto, política. “Una intención, observa Wittgenstein, se encarna en una situación, en costumbres e instituciones humanas. Si la técnica del ajedrez no existiera, yo no podría formar *la intención* de jugar ajedrez. Si pudiera orientar de antemano la construcción de un proceso \*\*\* la lengua considerada”.<sup>5</sup> La intención política no se constituye sino en la relación en un estado determinado del juego político y, más precisamente, del universo de las técnicas de acción y de expresión que ofrece en un momento dado del tiempo. En ese caso, como en otros, el paso de lo implícito a lo explícito, de la impresión subjetiva a la expresión objetiva, a la manifestación pública en un discurso o en un acto público constituye por sí un acto de *institución* y representa por este hecho una forma de oficialización, de legitimación: no es por azar si, como lo remarca Benveniste, todas las palabras que tienen una relación con el derecho tienen una raíz que significa *decir*. Y la institución entendida como lo que está ya instituido, ya

<sup>3</sup> Cf. En particular, *La Distinción*, París, Ed. De Minuit, 1979, pp.466-542

<sup>4</sup> Lo que implica que la división del trabajo político varía en función del volumen global del capital económico y cultural acumulado en una formación social determinada (su “nivel de desarrollo”) y también de la estructura, más o menos disimétrica, de la distribución de ese capital, particularmente cultural. Es así que la generalización del acceso a la enseñanza secundaria ha estado en el principio de un conjunto de transformaciones de la relación entre los partidos y sus militantes o sus electores.

<sup>5</sup> L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, New York, Macmillan, 1953, paragrafo 337, p. 108.

explícito, ejerce a la vez un efecto de asistencia y de licitación y un efecto de cierre y desposesión. Siendo dado que, fuera al menos de los períodos de crisis, la producción de formas de percepción y de expresión políticamente activas y legítimas es monopolio de los profesionales, y se encuentra por tanto sometida a las coacciones y a las limitaciones inherentes al funcionamiento del campo político, se ve que los efectos de la lógica censataria que rige de hecho el acceso a las elecciones entre los productos políticos ofrecidos son redoblados por los efectos de la lógica oligopólica que rige la oferta de productos. Monopolio de la producción dejada a un cuerpo de profesionales, es decir, a un pequeño número de unidades de producción ellas mismas controladas por los profesionales; coacciones que pesan sobre las elecciones de los consumidores, tanto más completamente consagrados a la *fidelidad* indiscutida a las marcas conocidas y a la delegación incondicional a sus representantes cuanto más desprovistos están de *competencia social* para la política y de instrumentos de producción propios de discursos o de actos políticos: el mercado de la política es sin duda uno de los menos libres que hay.

Las coacciones del mercado pesan en primer lugar sobre los miembros de las clases dominadas que no tienen otra elección que la dimisión o la entrega de sí al partido, organización permanente que debe producir la *representación* de la continuidad de la clase, siempre amenazada de caer en la discontinuidad de la existencia atomizada (con el repliegue sobre la vida privada y la búsqueda de vías de salvación individuales) o en la particularidad de las luchas estrictamente reivindicativas<sup>6</sup>. Es esto lo que hace que, más que los miembros de las clases dominantes, quienes pueden contentarse con asociaciones, grupos de presión o partidos-asociaciones<sup>7</sup>, aquellos tengan necesidad de partidos entendidos como organizaciones *permanentes* orientadas hacia la conquista del poder y proponiendo a sus militantes y a sus electores, no solamente una doctrina sino un *programa* de pensamiento y de acción, y demandando por ello una adhesión global y anticipada. Como lo nota Marx en *Miseria de la filosofía*, se puede fechar el nacimiento de un grupo social por el momento en que los miembros de sus organizaciones representativas no luchan solamente por la defensa de intereses económicos de los mandantes sino por la defensa y el desarrollo de la organización misma. Pero cómo no ver que si la existencia de una organización permanente, relativamente independiente de los intereses corporativos y coyunturales, es la condición de la *representación*

---

<sup>6</sup> La relación entre los profanos y los profesionales toma formas muy diferentes para los dominantes: siendo capaces, la mayor parte del tiempo, de producir ellos mismos sus actos y sus opiniones políticas, no es jamás sin reticencia ni ambivalencia que se resignan a la delegación (impuesta por la lógica específica de la legitimidad, que, fudada sobre el desconocimiento, condena la tentación de la autocelebración).

<sup>7</sup> Se puede llamar *partido-asociación* una organización cuyo objetivo casi exclusivo es la preparación de las elecciones y que debe a esta función permanente una permanencia que no poseen las asociaciones ordinarias: próxima a la asociación por el carácter limitado y parcial de sus objetivos y del compromiso que demanda y, al mismo tiempo, por la composición social fuertemente diversificada de su *clientela* (hecha de electores y no de militantes), es próxima al partido por la permanencia que le impone la recurrencia de la función específica, la preparación de las elecciones. (Es remarcable que el *partido ideal* tal como lo describe Ostrogorski sea exactamente una asociación, es decir, una organización *temporal*, creada ad hoc en vista de una reivindicación determinada o de una causa específica).

permanente y propiamente política de la clase, ella encierra también la amenaza de la desposesión de los miembros “cualquiera” de la clase? La antinomia del “poder revolucionario establecido”, como dice Bakounine, es completamente parecida a aquella de la Iglesia reformada tal como la describe Troeltsch. La *fides implícita*, delegación global y total por la cual los más débiles acuerdan en bloque al partido de su elección una suerte de crédito ilimitado, deja libre curso a los mecanismos que tienden a desposeerlos de todo control sobre el aparato: la concentración del capital político nunca es tan grande, salvo intervención deliberada (e improbable) en sentido opuesto, como en los partidos que toman por objeto la lucha contra la concentración del capital económico.

Gramsci ha evocado frecuentemente la inclinación al fideísmo milenarista y la representación providencialista del partido y de sus jefes que se observa en la clientela de los partidos comunistas: “Otro aspecto del peligro que ha sido deplorable en nuestro Partido, es la esterilización de toda actividad individual, la pasividad de la masa del partido, la certeza estúpida que, de todas formas, había alguien que pensaba en todo y proveía de todo” (A. Gramsci, *Escritos políticos*, t. II, Paris, Gallimard, 1974, p. 265). “Inquietos por esta condición de inferioridad absoluta que es la suya, las masas han abdicado completamente de toda soberanía y todo poder, la organización y la persona del organizador han llegado a ser para ellas una sola y misma cosa, de la misma forma que, para un ejército en campaña, la persona del *condotiero* encarna la salvación común, se convierte en el garante del éxito y de la victoria” (A. Gramsci, *op. cit.*, II, p. 82). Y se podría citar también, *en contrario*, Rosa de Luxemburgo, cuando ella describe (sobre el modo del *wishful thinking*) un partido limitando él mismo su propio poder por un esfuerzo consciente y constante de los jefes que se destituyen para obrar como ejecutantes de la voluntad de las masas: “El único rol de los pretendidos ‘dirigentes’ de la socialdemocracia consiste en ilustrar a la masa sobre su misión histórica. La autoridad y la influencia de los ‘jefes’ en la democracia no aumenta sino proporcionalmente al trabajo de educación que realizan en ese sentido. Dicho de otra manera, su prestigio y su influencia no aumentan sino en la medida en que los jefes destruyen lo que fue hasta ese momento la función de los dirigentes, la ceguera de la masa, en la medida en que ellos se despojan a sí mismos de su cualidad de jefes, en la medida en que ellos hacen de la masa la dirigente, y de ellos mismos los órganos *ejecutivos* de la acción consciente de la masa” (R. Luxemburgo, *Masse et chefs*, Paris, Spartacus, 1972, p. 37). Sería interesante determinar lo que, en las tomas de posición de los diferentes “teóricos” sobre ese problema (que, como Gramsci, pueden oscilar del espontaneísmo del *Ordine Nuovo* al centralismo del artículo sobre el partido comunista – *Ecrits politiques*, I, 389-403), tiene por factores objetivos (como el nivel de formación general y política de las masas), y en particular la experiencia directa de las disposiciones de las masas en una coyuntura determinada, y lo que tiene por efectos de campo y por lógica de las oposiciones internas.

Aquellos que dominan el partido y que han partido ligados con la existencia y la persistencia de esta institución y con los beneficios específicos que ella asegura, encuentran en la libertad que les deja el monopolio de la producción y de la imposición de los *intereses políticos instituidos* la posibilidad de imponer como intereses de sus

mandantes sus intereses de mandatarios. Y eso sin que nada permita hacer completamente la prueba que los intereses así universalizados y plebiscitados de los mandatarios no coinciden con los intereses inexpresados de los mandantes puesto que los primeros tienen el monopolio de los instrumentos de producción de los intereses políticos, es decir, políticamente expresados y reconocidos, de los segundos. Nada sino esta forma de abstención activa, que se enraíza en la revuelta contra una doble impotencia, impotencia frente a frente de la política y de todas las acciones puramente seriales que ella propone, impotencia ante los aparatos políticos: el apoliticismo, que toma a veces la forma de un anti-parlamentarismo y que puede ser desviado hacia todas las formas de bonapartismo, de boulangismo o de gaullismo, es fundamentalmente una contestación del monopolio de los políticos que representa el equivalente político de lo que fué, en otros tiempos, la revuelta religiosa contra el monopolio de los clérigos.

### **Competencia, apuesta e intereses específicos**

En materia de política como en materia de arte, la desposesión del mayor número es correlativa, o incluso consecutiva, de la concentración de los medios de producción propiamente políticos en las manos de profesionales, que no pueden entrar con cualquier oportunidad de éxito en el juego propiamente político sino a condición de poseer una competencia específica. Nada es menos natural, en efecto, que el modo de pensamiento y de acción que es exigido por la participación en el campo político: como el habitus religioso, artístico o científico, el habitus del político supone un entrenamiento especial. Es primero, seguramente, todo el aprendizaje necesario para adquirir el cuerpo de saberes específicos (teorías, problemáticas, conceptos, tradiciones históricas, datos económicos, etc.) producidos y acumulados por el trabajo político de los profesionales del presente o del pasado o de las capacidades más generales tales como el dominio de un cierto lenguaje y de una cierta retórica política, aquella del *tribuno*, indispensable en las relaciones con los profanos, o aquella del *debatidor*, necesario en las relaciones entre profesionales. Luego, es también y sobre todo, esta suerte de *iniciación*, con sus pruebas y sus ritos de paso, que tienden a inculcar el dominio práctico de la lógica inmanente del campo político y a imponer una sumisión de hecho a los valores, a las jerarquías y a las censuras inherentes a ese campo o a la forma específica que sus coacciones y sus controles tienen en el seno de cada partido. Eso significa que, para comprender completamente los discursos políticos que son ofrecidos sobre el mercado en un momento dado y cuyo conjunto define el universo de lo que puede ser dicho y pensado políticamente, por oposición a lo que es rechazado en lo indecible y lo impensable, faltaría analizar todo el proceso de producción de los profesionales de la producción ideológica, luego el marcaje, operado en función de una definición frecuentemente implícita de la competencia deseada, que los designa para sus funciones, y la formación general o específica que los prepara a asumirlas, hasta la acción de normalización continua que les imponen, con su complicidad, los miembros más antiguos de su grupo, en particular cuando, nuevos elegidos, acceden a una instancia política en la que podrían importar un hablar franco y una libertad de maneras atentatorias de las reglas del juego.

La desposesión correlativa de la concentración de los medios de producción de los instrumentos de producción de discursos o de actos socialmente reconocidos como

políticos, no ha dejado de crecer a medida que el campo de producción ideológica ganaba en autonomía con la aparición de las grandes burocracias políticas de profesionales de tiempo completo y con la aparición de instituciones (como en Francia, el Instituto de ciencias políticas y la Escuela nacional de administración) encargadas de seleccionar y de formar a los productores profesionales de esquemas de pensamiento y de expresión del mundo social, hombres políticos, periodistas políticos, altos funcionarios, etc., al mismo tiempo que codificar las *reglas* de funcionamiento del campo de producción ideológica y el cuerpo de saberes y de saber-hacer indispensables para conformarse a él. La “ciencia política” que se enseña en instituciones especialmente arregladas para este fin es la *racionalización* de la competencia que exige el universo de la política y que poseen en estado práctico los profesionales: ella se orienta a aumentar la eficacia de este dominio práctico poniendo a su servicio técnicas racionales, como el sondeo, las relaciones públicas o el marketing político, al mismo tiempo que tiende a legitimarla dándole las apariencias de la cientificidad e instituyendo las cuestiones políticas en negocios de especialistas que pertenece a los especialistas zanjar a nombre del saber y no del interés de clase.<sup>8</sup>

La autonomización del campo de producción ideológica se acompaña sin duda de una elevación del derecho de entrada en el campo y, en particular, de un reforzamiento de las exigencias en materia de competencia general o incluso específica (lo que contribuye a explicar el crecimiento del peso de los profesionales formados en las escuelas e incluso en las escuelas especializadas – Sciences po, ENA – en detrimento de los simples militantes).<sup>9</sup> Se acompaña sin duda también de un reforzamiento del efecto de leyes internas del campo político – y en particular de la competencia entre profesionales – por relación al efecto de las transacciones directas o indirectas entre profesionales y profanos<sup>10</sup>. Eso significa que, tratándose de comprender una toma de posición política, programa, intervención, discurso electoral, etc., es al menos tan importante conocer el universo de las tomas de posición competitivamente propuestas por el campo como las demandas de laicos cuyos responsables de estas tomas de

---

<sup>8</sup> Es así por ejemplo que la teoría elitista de la opinión que está en obra en la elaboración o el análisis de los sondeos de opinión o en las deploraciones rituales sobre la abstención, se traiciona, en efecto, con toda inocencia en las encuestas sobre las *opinion-makers* que, inspirándose de una filosofía emanatista de la “difusión” como chorreando, se orientan a remontar las redes de circulación de opiniones hasta la fuente donde se supone brotan, es decir, hasta la “elite” de los “hacedores de opiniones”, de la que nadie sueña jamás en demandar lo que hace su opinión. (Cf. Por ejemplo, C. Kadushin, *Power, Influence and Social Circles: A New Methodology for Studying Opinion Makers*, *American Sociological Review*, XXXIII, 1968, pp. 685-699).

<sup>9</sup> Queda que esta evolución podría encontrarse contrariada, en una cierta medida, por la elevación general del nivel de instrucción que, siendo dado el peso determinante del capital escolar en el sistema de los factores explicativos de las variaciones de la relación con la política, es sin duda natural entrar en contradicción con esta tendencia y reforzar, en grados diferentes según los aparatos, la presión de la base, menos llevada a una delegación incondicional.

<sup>10</sup> El debate televisado que confronta profesionales escogidos por su competencia específica pero también por su sentido del decoro y de la respetabilidad políticas, en presencia de un público reducido al estatuto de espectador, realizando así la lucha de clases bajo la forma de un enfrentamiento teatralizado y ritualizado entre dos campeones, simboliza perfectamente el resultado de un proceso de autonomización del juego propiamente político, más que nunca encerrado en sus técnicas, sus jerarquías, sus reglas internas.

posición son los mandatarios declarados (la “base”): una toma de posición, la palabra lo dice de maravilla, es un acto que no toma su sentido sino relacionalmente, en y para la diferencia, el *desvío distintivo*. El político prevenido es aquel que llega a dominar prácticamente el sentido objetivo y el efecto social de sus tomas de posición gracias al dominio que posee del espacio de las tomas de posición actuales y sobre todo potenciales o, mejor, del principio de estas tomas de posición, a saber el espacio de las posiciones objetivas en el campo y de las disposiciones de sus ocupantes: este “sentido práctico” de las tomas de posición posibles e imposibles, probables e improbables por los diferentes ocupantes de las diferentes posiciones, es lo que le permite “escoger” las tomas de posición decorosas, y convenientes, y evitar las tomas de posición “comprometedoras”, que le harían reencontrarse con los ocupantes de posiciones opuestas en el espacio del campo político. Este sentido del juego político que permite a los políticos prever las tomas de posición de los otros políticos es también lo que les hace a ellos mismos previsibles para los otros políticos. Previsibles, así pues responsables, en el sentido del inglés *responsible*, es decir, competentes, serios, afables, en una palabra, prestos a jugar con constancia y sin sorpresa ni traición el rol que les es asignado por la estructura del espacio de juego.

Nada es más absolutamente exigido por el juego político que esta adhesión fundamental al juego mismo, *illusio*, *involucramiento*, *compromiso*, inversión en el juego que es el producto del juego al mismo tiempo que es la condición del funcionamiento del juego: bajo pena de excluirse del juego y de los beneficios que ahí se adquieren, ya se trate del simple *placer* de jugar, o de todas las ventajas materiales y simbólicas asociadas a la posesión de un capital simbólico, todos aquellos que tienen el *privilegio* de invertir en el juego (en lugar de ser reducidos a la indiferencia y a la apatía del apoliticismo), aceptan el contrato tácito que está implicado en el hecho de participar en el juego, de reconocerlo por lo mismo como *valiendo la pena* de ser jugado, y que los une a todos los otros participantes por una suerte de *colusión originaria*, más poderosa que todas las alianzas abiertas o secretas. Esta solidaridad de todos los iniciados, ligados entre ellos por la misma adhesión fundamental a los juegos y a las apuestas, por el mismo respeto (*obsequium*) del juego mismo y de las leyes no escritas que lo definen, por la misma inversión fundamental en el juego del que ellos tienen el monopolio y que les hace perpetuar para asegurar la rentabilidad de sus inversiones, jamás se manifiesta tan claramente como cuando el juego viene a ser amenazado en cuanto tal.

Los grupos unidos por una forma cualquiera de colusión (como los grupos de *colegas*) hacen un imperativo fundamental de la *discreción* y del *secreto* sobre todo en lo que concierne a las creencias íntimas del grupo. Condenan con la última violencia, cuando se muestran al exterior, manifestaciones de cinismo que, entre *iniciados* son totalmente admitidas porque no pueden por definición tocar la creencia fundamental en el valor del grupo, siendo la libertad con respecto a los valores frecuentemente vivida como un testimonio suplementario de valor (se sabe con qué indignación los hombres políticos, y los periodistas políticos, de ordinario tan solícitos a divulgar rumores y anécdotas desengañadas sobre los hombres políticos, acogen a aquellos que, en el espacio de un momento, ponen semblante de “guardar el juego” llevando a la existencia política el apoliticismo popular y pequeño-burgués, que es a la vez la condición y el

producto del monopolio de los políticos). Pero los grupos no desconfían menos de aquellos que, tomando demasiado en serio los valores proclamados, rehusan los compromisos y compromisiones que son la condición de la existencia real del grupo.

### El doble juego

La lucha que opone a los profesionales es sin duda la forma por excelencia de la lucha simbólica por la conservación o la transformación del mundo social por la conservación o la transformación de la visión del mundo social y de los principios de división de este mundo; o, más precisamente, por la conservación o la transformación de las divisiones establecidas entre las clases por la transformación o la conservación de sistemas de clasificación que son su forma incorporada y de las instituciones que contribuyen a perpetuar la clasificación en vigor legitimándola<sup>11</sup>. Ella encuentra sus condiciones sociales de posibilidad en la lógica específica según la cual se organiza, en cada formación social, el juego propiamente político donde se juegan, por una parte, el monopolio de la elaboración y de la difusión del principio de di-visión legítima del mundo social y, por ello, de la movilización de los grupos y, por otra parte, el monopolio de la utilización de los instrumentos de poder objetivos (capital político objetivado). Toma por tanto la forma de una lucha por el poder propiamente simbólico de hacer ver y de hacer creer, de predecir y de prescribir, de hacer conocer y de hacer reconocer, que es inseparablemente una lucha por el poder sobre los “poderes públicos” (las administraciones de Estado). En las democracias parlamentarias, la lucha por conquistar la adhesión de los ciudadanos (su voto, sus cuotas, etc.) es también una lucha por mantener o subvertir *la distribución del poder sobre los poderes públicos* (o, si se prefiere, por el monopolio del uso legítimo de los recursos políticos objetivados, derecho, ejército, policía, finanzas públicas, etc.). Los agentes por excelencia de esta lucha son los partidos, organizaciones de combate especialmente dispuestas con objeto de encabezar esta *forma sublimada de guerra civil movilizando durablemente* por previsiones prescriptivas el mayor número posible de agentes dotados de la misma visión del mundo social y de su porvenir. A fin de asegurar esta movilización durable, los partidos deben, por una parte, elaborar e imponer una representación del mundo social capaz de obtener la adhesión del mayor número posible de ciudadanos y, por otra, conquistar puestos (de poder o no) capaces de asegurar un poder sobre sus atribuyentes.

Así, la producción de las ideas sobre el mundo social se encuentra siempre subordinada de hecho a la lógica de la conquista del poder, que es la de la movilización más numerosa. De ahí, sin duda el privilegio acordado, en la elaboración de la representación legítima, al modo de producción *eclesial*, en el cual las proposiciones (mociones, plataformas, programas, etc.) son inmediatamente sometidas a la aprobación de un grupo y no pueden pues ser impuestas sino por profesionales capaces de manipular a la vez ideas y grupos, de producir ideas capaces de producir grupos manipulando estas ideas de manera que les aseguren la adhesión de un grupo (con, por ejemplo, la retórica del mitin o el dominio de todo el conjunto de técnicas de palabra, de redacción, de

---

<sup>11</sup> Sobre la lógica de la lucha por la imposición del principio de di-visión, ver P. Bourdieu, *L'identité et la représentation*, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 35, nov. 1980, pp. 63-72.

manipulación de la asamblea, que permiten “hacer pasar” una “moción”, sin hablar del dominio de procedimientos y procesos que, como el juego con el número de *mandatos*, controlan directamente la producción misma del grupo).

Mal haríamos en subestimar la autonomía y la eficacia específica de todo lo que sucede en el campo político y en reducir la historia propiamente política a una suerte de manifestación epifenomenal de fuerzas económicas y sociales cuyos actores políticos serían de cualquier manera las marionetas. Además de que eso sería ignorar la eficacia propiamente simbólica de la representación, y de la creencia movilizadora que suscita por la virtud de la objetivación, ello volvería a olvidar el poder propiamente político de *gobierno* que, tan dependiente sea con respecto de las fuerzas económicas y sociales, puede asegurar una eficacia real sobre estas fuerzas a través de la acción sobre los instrumentos de administración de las cosas y de las personas.

No se está fundado para comparar la vida política a un teatro, sino a condición de pensar verdaderamente la relación entre el partido y la clase, entre la lucha de organizaciones políticas y la lucha de clases, como una relación propiamente simbólica entre un significante y un significado, o, mejor, entre los *representantes* dando una *representación* y los agentes, acciones y situaciones representadas. La concordancia entre el significante y el significado, entre el representante y el representado, resulta sin duda menos de la búsqueda consciente del ajuste a la demanda de la clientela o de la coacción mecánica ejercida por presiones externas que de la homología entre la estructura del teatro político y la estructura del mundo representado, entre la lucha de clases y la forma sublimada de esta lucha que se juega en el campo político<sup>12</sup>. Es esta homología que hace que, persiguiendo la satisfacción de los intereses específicos que les impone la competencia al interior del campo, los profesionales den satisfacción además a los intereses de sus mandantes y que las luchas de los representantes puedan ser descritas como una *mimesis* política de las luchas de grupos o de clases de las que se hacen los campeones; o, inversamente que, en sus tomas de posición más conformes al interés de sus mandantes, ellos persigan todavía – sin necesariamente confesarlo – la satisfacción de sus intereses propios, tales como se los asigna la estructura de las posiciones y oposiciones constitutivas del espacio interno del campo político.

El sacrificio obligado a los intereses de los mandantes hace olvidar los intereses de los mandatarios. Dicho de otra manera, la relación, aparente, entre los representantes y los representados, concebidos como causa determinante (“grupos de presión”, etc.) o causa final (“causas” a defender, intereses a “servir”, etc.), enmascara la relación de competencia entre los representantes y, al mismo tiempo, la relación de orquestación (o de armonía preestablecida) entre los representantes y los representados. Sin duda Max Weber tiene razón de recordar, con una sana brutalidad materialista, que “se puede vivir

---

<sup>12</sup> Como prueba, las diferencias que las necesidades ligadas a la historia y a la lógica propias a cada campo político nacional hacen surgir entre las representaciones que las organizaciones “representativas” de clases sociales colocadas en posiciones equivalentes, como las clases obreras de diferentes países europeos, dan intereses de estas clases –y eso a pesar de todos los efectos homogeneizantes (como la “bolchevización” de los partidos comunistas).

‘para’ la política y ‘de’ la política”<sup>13</sup>. Para ser totalmente riguroso, haría falta decir más bien que se puede vivir de la política a condición de vivir para la política: en efecto, es en la relación entre los profesionales que se define la especie particular de interés por la política que determina cada categoría de mandatarios a consagrarse a la política y, por tanto, a sus mandantes. Más precisamente, la relación que los vendedores profesionales de servicios políticos (hombres políticos, periodistas políticos, etc.) mantienen con sus clientes es siempre mediatizada, y más o menos completamente determinada, por la relación que ellos mantienen con sus competidores<sup>14</sup>. Ellos sirven a los intereses de sus clientes en la medida (y sólo en la medida) en que ellos se sirven *también* sirviéndoles, es decir, *tanto más exactamente cuanto su posición en la estructura del campo político coincide más exactamente con la posición de sus mandantes en la estructura del campo social*. (El rigor de la correspondencia entre los dos espacios depende sin duda en una gran parte de la intensidad de la competencia, es decir, ante todo del *número* de partidos o de tendencias, que encarga la diversidad y la renovación de los productos ofrecidos obligando por ejemplo a los diferentes partidos a modificar sus programas para conquistar las nuevas clientelas). En consecuencia, los discursos políticos producidos por los profesionales están siempre doblemente determinados, y afectados de una duplicidad que no tiene nada de intencional puesto que resulta de la dualidad de los campos de referencia y de la necesidad de servir a la vez a los fines esotéricos de las luchas internas y los fines exotéricos de las luchas externas<sup>15</sup>.

### Un sistema de desvíos

Así, es la estructura del campo político que, subjetivamente indisociable de la relación directa – y siempre proclamada – con los mandantes, determina las tomas de posición, por intermedio de las coacciones y los intereses asociados a una posición determinada en ese campo. Concretamente, la producción de tomas de posición depende del sistema de tomas de posición competitivamente propuestas por el conjunto de los partidos antagonistas, es decir, de la *problemática política* como campo de posibilidades estratégicas objetivamente ofertadas a la elección de los agentes bajo la forma de posiciones efectivamente ocupadas y de tomas de posición efectivamente propuestas en el campo. Los partidos, como las tendencias en el seno de los partidos, no tienen existencia sino relacional y sería vano tratar de definir lo que son y lo que profesan

<sup>13</sup> M. Weber, *op. cit.*, II, p. 1052.

<sup>14</sup> “Los oportunistas de todos los campos, que defienden los intereses bien establecidos de las diversas capillas, intereses materiales, por cierto, pero más todavía intereses que se atribuyen a la dominación política de las masas, hacen obstáculo a la unidad proletaria” (A. Gramsci, *Écrits politiques*, t. I, Paris, Gallimard, 1974, p. 327).

<sup>15</sup> La forma paradigmática de esta duplicidad estructural es sin duda representada por lo que la tradición revolucionaria de la URSS llama la “lengua de Esopo”, es decir, el lenguaje secreto, codificado, indirecto, al que los revolucionarios habían recurrido para escapar a la censura zarista y que reaparecía en el partido bolchevique, en ocasión del conflicto entre los partidarios de Stalin y los de Boukharine, es decir, cuando se trata de evitar, por “patriotismo de partido”, que los conflictos al interior del politburó o del comité central se filtren afuera del partido. Este lenguaje enmascara bajo una apariencia anodina una verdad oculta que “todo militante suficientemente cultivado” sabe descifrar y puede hacer el objeto, según sus destinatarios, de dos lecturas diferentes (cf. S. Cohen, *Nicolas Boukharine, la vie d’un bolchevik*, Paris, Maspero, 1979, pp.330 et 435).

independientemente de lo que son y profesan sus competidores en el seno del mismo campo<sup>16</sup>.

No hay manifestación más evidente de este efecto de campo que esta suerte de *cultura esotérica*, hecha de problemas verdaderamente extraños o inaccesibles al común, de conceptos y discursos sin referente en la experiencia del ciudadano ordinario y sobre todo quizás de distingos, matices, sutilezas, agudezas que pasan desapercibidas a los ojos de los no iniciados y que no tienen otra razón de ser que las relaciones de conflicto o de competencia entre las diferentes organizaciones o entre las “tendencias” o las “corrientes” de una misma organización. Se puede todavía citar el testimonio de Gramsci: “Nosotros otros, nosotros nos alejamos de la masa: entre nosotros y la masa se forma una pantalla de confusiones, malentendidos, un juego verbal complicado. Nosotros terminaremos por aparecer como gentes que quieren a todo precio conservar su lugar”<sup>17</sup>. En realidad, lo que hace que esta cultura propiamente política permanezca inaccesible a la mayoría, es sin duda menos la complejidad del lenguaje en el que se expresa que la complejidad de las relaciones sociales constitutivas del campo político que ahí se expresa: esta creación artificial de las luchas de Curie aparece menos como ininteligible que como desprovista de razón de ser para aquéllos que, no estando dentro del juego, “no le ven el interés” y que no pueden comprender que tal o tal distingo entre dos palabras o dos giros de un discurso-apuesta, programa, plataforma, moción o resolución, haya dado lugar a tales debates porque ellos no se adhieren al principio de las oposiciones que han suscitado los debates generadores de estos distingos.<sup>18</sup>

El hecho de que todo campo político tiende a organizarse alrededor de la oposición entre dos polos (que, como los partidos en el sistema americano, pueden ser ellos mismos constituidos por verdaderos campos, organizados según divisiones análogas) no debe hacer olvidar que las propiedades recurrentes de doctrinas o de grupos situados en las posiciones polares, “partido del movimiento” y “partido del orden”, “progresistas” y “conservadores”, “izquierda” y “derecha”, son *invariantes* que no se realizan sino en y por la relación a un campo determinado. Es así que las propiedades de los partidos que registran tipologías realistas se comprenden inmediatamente si se les relaciona con la fuerza relativa de los dos polos, con la distancia que los separa y que impone las propiedades de sus ocupantes, partidos u hombres políticos (y, en particular, su propensión a la divergencia hacia los extremos o a la convergencia hacia el centro) e, inseparablemente, la probabilidad de que sea ocupada la posición central, intermediaria, el lugar neutro. El campo en su conjunto se define como un sistema de desvíos de niveles diferentes y nada, ni sus instituciones o los agentes, ni en los actos o los discursos que producen, tiene sentido sino relacionalmente, por el juego de oposiciones y distinciones. Es así, por ejemplo, que la oposición entre la “derecha” y la “izquierda”

---

<sup>16</sup> Del fracaso de todos aquellos que, como tantos historiadores de Alemania después de Rosenberg, han tratado de definir el “conservadurismo” absolutamente, sin ver que debía cambiar sin cesar de contenido substancial para conservar su *valor* relacional.

<sup>17</sup> A. Gramsci, *op. cit.*, t. II, p. 225.

<sup>18</sup> Entre los factores de este efecto de cierre y de la forma muy particular de esoterismo que este engendra, es necesario contar la tendencia, frecuentemente observada, de los permanentes de los aparatos políticos a no frecuentar sino a otros permanentes.

puede mantenerse en una estructura transformada al precio de un intercambio parcial de roles entre aquellos que ocupan estas posiciones en dos momentos diferentes (o en dos lugares diferentes): el racionalismo, la fe en el progreso y en la ciencia que, en la entreguerra, en Francia como en Alemania, era el hecho de la izquierda mientras que la derecha nacionalista y conservadora sacrificaba más bien al irracionalismo y al culto de la naturaleza, son hoy, en estos dos países, el corazón del nuevo credo conservador, fundado sobre la confianza en el progreso, la técnica y la tecnocracia, mientras que la izquierda se ve reenviada a temas ideológicos o prácticas que pertenecían propiamente, al polo opuesto, como el culto (ecológico) de la naturaleza, el regionalismo y un cierto nacionalismo, la denuncia del mito del progreso absoluto, la defensa de la “persona”, el todo bañado de irracionalismo.

La misma estructura diádica o triádica que organiza el campo en su conjunto puede reproducirse en cada uno de sus puntos, es decir, en el seno del partido o del grupúsculo, según la misma lógica doble, a la vez interna y externa, que pone en relación los intereses específicos de los profesionales y los intereses reales o presuntos de sus mandantes, reales o presuntos. Es sin duda en el seno de los partidos cuyos mandantes son los más desprovistos y los más inclinados, por ese hecho, a remitirse al partido, donde la lógica de las oposiciones internas se puede manifestar más claramente. De suerte que nada da mejor cuenta de las tomas de posición que una *topología* de las posiciones a partir de las cuales se enuncian: “Por lo que concierne a Rusia, he sabido siempre que en la *topografía* de las fracciones y de las tendencias, Radek, Trotski y Boukharine, tenían una posición de izquierda; Zinoviev, Kamenev y Stalin, una posición de derecha, mientras que Lenin estaba en el *centro* y hacía función de *árbitro* para el conjunto de la situación, casi naturalmente en el lenguaje político corriente. El núcleo que se llama leninista sostiene, se sabe bien, que estas posiciones ‘topográficas’ son absolutamente ilusorias y falaces”<sup>19</sup>. Puede pasar en efecto como si la distribución de las posiciones en el campo implicara una distribución de roles; como si cada uno de los protagonistas fuera llevado o reenviado a sus tomas de posición, tanto por la competencia con los ocupantes de las posiciones más alejadas y también las más próximas, que amenazan, de maneras muy diferentes, su existencia, como por la contradicción lógica entre las tomas de posición<sup>20</sup>.

Así, ciertas oposiciones recurrentes, como aquella que se establece entre la tradición libertaria y la tradición autoritaria no son sino la transcripción al plano de las luchas ideológicas de la contradicción fundamental del movimiento revolucionario, constreñido a recurrir a la disciplina y a la autoridad, hasta a la violencia, para combatir

---

<sup>19</sup> A. Gramsci, *op. cit.*, II, p. 258, subrayado por mí.

<sup>20</sup> Ignorando lo que los conceptos deben a la historia, se prohíbe la sola posibilidad real de librarlas de la historia. Armas del análisis y también del anatema, instrumentos de conocimiento pero también instrumentos de poder, todos estos conceptos en -ismo que la tradición marxológica permite tratándolos como puras construcciones conceptuales, libres de todo contexto y desligadas de toda función estratégica, están “frecuentemente ligadas a las circunstancias, desligadas de generalizaciones prematuras, marcadas por académicos acerbos” y engendradas “en la divergencia, en las confrontaciones violentas entre los representantes de diversas corrientes” (G. Haupt, “Les marxistes face à la question nationale: l’histoire du problème”, en: G. Haupt, Lowy et C. Weill, *Les marxistes et la question nationale, 1848-1914*, Paris, Maspero, 1974, p. 11).

la autoridad y la violencia. Contestación herética de la iglesia herética, revolución contra “el poder revolucionario establecido”, la crítica “izquierdista” en su forma “espontaneísta” se esfuerza por explotar contra aquellos que dominan el partido la contradicción entre las estrategias “autoritarias” en el seno del partido con las estrategias “anti-autoritarias” del partido en el seno del campo político en su conjunto. Y se encuentra hasta en el movimiento anarquista que reprocha su autoritarismo al marxismo<sup>21</sup> una oposición de la misma forma entre el pensamiento “plataformista” que, cuidadosa de poner los fundamentos de una organización anarquista poderosa, relega al segundo plano la reivindicación de la libertad ilimitada de los individuos y de los pequeños grupos, y el pensamiento “sintésista” que entiende dejar su plena independencia a los individuos<sup>22</sup>.

Pero, todavía más, los conflictos internos se superponen a conflictos externos. Así es en la medida (y sólo en la medida) donde cada tendencia es llevada a llamar a la fracción correspondiente de su clientela, a favor de las homologías entre las posiciones ocupadas por los líderes en el campo político y las posiciones ocupadas en el campo de las clases populares por sus mandantes reales o presuntos, como las divisiones y las contradicciones reales de la clase obrera pueden encontrar su correspondencia en las contradicciones y las divisiones de los partidos obreros: los intereses del subproletariado no organizado no tienen ninguna oportunidad de acceder a la representación política (sobre todo cuando está hecha de extranjeros, desprovistos del derecho de voto, o de etnias estigmatizadas) que, además de que llegan a ser un arma y una apuesta en la lucha que, en ciertos estados del campo político, opone el espontaneísmo o, en el límite, el voluntarismo ultra revolucionario, siempre llevados a privilegiar las fracciones menos organizadas del proletariado cuya acción espontánea precede o desborda la organización, y el centralismo (calificado por sus adversarios de “burocrático-mecanicista”) para quien la organización, es decir, el partido, precede y condiciona la clase y la lucha<sup>23</sup>.

### Palabras de orden e ideas - fuerza

<sup>21</sup> Se sabe que Bakounine quien impone la sumisión absoluta a los órganos dirigentes en los movimientos que constituye (por ejemplo la Fraternidad nacional) y que está en el bando partidario de la idea “blanquista” de las “minorías activas”, es llevado en su polémica contra Marx a denunciar el autoritarismo, a exaltar la espontaneidad de las masas y la autonomía de las federaciones.

<sup>22</sup> J. Maitron, *Le mouvement anarchiste en France*, Paris, Maspero, 1975, t. II, pp. 82-83.

<sup>23</sup> La posición, más o menos central y dominante, en el aparato del partido y el capital cultural poseído están al principio de las visiones diferentes, hasta opuestas, de la acción revolucionaria, del porvenir del capitalismo, de las relaciones entre el partido y las masas, etc., que se enfrentan en el seno del movimiento obrero. Es cierto, por ejemplo, que el economicismo y la propensión a acentuar el lado determinista, objetivo y científico del marxismo es más bien el hecho de los “científicos” y de los “teóricos” (por ejemplo Tugan-Baranowski o los “economistas” en el seno del partido socialdemócrata) que de los “militantes” o de los “agitadores”, sobre todo si ellos son autodidactas en materia de teoría o de economía (eso es sin duda uno de los principios de la oposición entre Marx y Bakounine). La oposición entre el centralismo y el espontaneísmo o, si se quiere, entre el socialismo autoritario y el socialismo libertario parece variar de manera verdaderamente paralela, la propensión al científicismo y al economicismo inclinando a confiar en los poseedores del conocimiento el derecho de definir autoritariamente las orientaciones (la biografía de Marx está atravesada por estas oposiciones que se resuelven, a medida que envejece, a favor del “científico”).

La tendencia a la autonomización y a la partición indefinida en minúsculas sectas antagonistas que está inscrita, en estado de potencialidad objetiva, en la constitución de un cuerpo de especialistas dotados de intereses específicos y colocados en competencia por el poder en el campo político (o en tal o cual sector de ese campo – por ejemplo, un aparato de partido) es contrabalanceado en grados diferentes por el hecho que la salida de luchas internas depende de la fuerza que los agentes y las instituciones comprometidas en esta lucha puedan movilizar fuera del campo. En otros términos, la tendencia a la fragmentación encuentra su límite en el hecho de que la fuerza de un discurso depende menos de sus propiedades intrínsecas que de la fuerza movilizadora que ejerce, es decir, al menos por una parte, del grado en el cual es *reconocido* por un grupo numeroso y poderoso que se reconoce en él y que expresa sus intereses bajo una forma más o menos transfigurada y desconocible.

La simple “corriente de ideas” no llega a ser un movimiento político sino cuando las ideas propuestas son reconocidas en el exterior del círculo de los profesionales. Las estrategias que la lógica de la lucha interna impone a los profesionales, y que pueden tener por fundamento objetivo, más allá de las diferencias profesadas, diferencias de habitus y de intereses (o, más precisamente, de capital económico y escolar, y de trayectoria social), ligadas a posiciones diferentes en el campo, no pueden tener éxito sino en la medida en que ellas encuentran las estrategias (a veces inconscientes) de grupos exteriores al campo (toda la diferencia entre el utopismo y el realismo se sitúan allá). Es así como las tendencias a la escisión sectaria se encuentran contra balanceadas continuamente por las necesidades de la competencia que hacen que para triunfar en sus luchas internas, los profesionales deban hacer un llamado a fuerzas que no son todas y totalmente internas (a diferencia de lo que pasa en el campo científico o artístico donde la invocación de los profanos desacredita). Los grupúsculos de vanguardia no pueden importar en el campo político la lógica característica del campo intelectual sino porque ellos están desprovistos de base, por tanto, de coacciones, pero también de fuerza. Funcionando en cuanto *sectas* nacidas de la escisión y volcadas a la separación, por tanto fundadas sobre una renuncia a la universalidad, ellos pagan con una pérdida de poder y de eficacia la afirmación de la plena cualificación técnica y ética que define la *iglesia pura* (los Puritanos), el universo de los “puros” y de los “puristas”, capaces de manifestar su excelencia de virtudes políticas en su apego a las tradiciones más puras y más radicales (“la revolución permanente”, “la dictadura del proletariado”, etc.). En el opuesto, bajo pena de excluirse del juego político y de la ambición de participar si no en el poder, al menos en el poder de influir sobre la distribución del poder, el partido no puede sacrificar virtudes tan exclusivas y, lo mismo que la Iglesia se da por misión derramar su gracia de institución sobre todos los fieles, justos o injustos, y de someter a los pecadores sin distinción a la disciplina del mandato divino; se da por fin ganar a su causa el mayor número posible de refractarios (es el caso cuando el partido comunista se dirige, en período electoral, a “todos los republicanos de progreso”); y no duda para ampliar su base y atraer a sí la clientela de los partidos competidores, en transigir con la “pureza” de su línea y en jugar, más o menos conscientemente, ambigüedades de su programa. Se sigue que, entre las luchas de las que cada partido es el lugar, una de las más constantes se establece entre aquellos que denuncian los compromisos necesarios para aumentar la *fuerza* del partido (por tanto, de aquellos que lo dominan) pero en

detrimento de su *originalidad*, es decir, al precio de un abandono de las tomas de posición distintivas, originales, y que apelan por tanto a un retorno a las fuentes, a una restauración de la pureza original, y, por otro lado, aquellos que inclinan a buscar el reforzamiento del partido, es decir, el alargamiento de la clientela, hecha al precio de transacciones y de concesiones o incluso de un enredo metódico de todo lo que las tomas de posición originales del partido pueden tener de demasiado “exclusivo”. Los primeros atraen al partido hacia la lógica del campo intelectual que, empujado hasta el límite, puede despojarlo de toda fuerza temporal; los segundos tienen para ellos la lógica de la *Realpolitik* que es la condición del acceso a la realidad política<sup>24</sup>.

El campo político es, por tanto, el lugar de una competencia por el poder que se realiza por intermedio de una competencia por los profanos o, mejor, por el monopolio del derecho de hablar y de actuar a nombre de una parte o de la totalidad de los profanos. El portavoz se apropia no sólo de la palabra del grupo de los profanos, es decir, la mayor parte del tiempo, su silencio, pero también la fuerza misma de ese grupo, que él contribuye a producir prestándole una palabra reconocida como legítima en el campo político. La fuerza de las ideas que propone se mide no, como sobre el terreno de la ciencia, en su valor de verdad (incluso si ellas deben una parte de su fuerza a su capacidad de convencer que detentan la verdad), sino a la fuerza de movilización que ellas encierran, es decir, a la fuerza del grupo que las reconoce, hecho por el silencio o la ausencia de desmentidos, y que puede manifestar recibiendo sus voces o reuniéndose en el espacio. Es esto lo que hace que el campo de la política - donde se buscaría en vano una instancia capaz de legitimar las instancias de legitimidad y otro fundamento de la competencia que el interés de clase comprende bien - oscila siempre entre dos criterios de validación, la ciencia y el plebiscito<sup>25</sup>.

En política, “decir es hacer”, es decir, hacer creer que se puede hacer lo que se dice y en particular hacer conocer y reconocer principios de di-visión del mundo social, las *palabras de orden*, que producen su propia verificación produciendo grupos y, por ello, un orden social. La palabra política - lo que la define en propio - compromete totalmente a su autor porque ella constituye un compromiso a hacer que no es verdaderamente político más que si lo hace un agente o un grupo de agentes *responsables políticamente*, es decir, en medida de comprometer a un grupo y un grupo capaz de cumplirlo: es a esta condición solamente que ella equivale a un acto. La verdad de la promesa o del pronóstico depende de la veracidad y también de la autoridad de aquel que las pronuncia, es decir, de su capacidad de hacer creer en su verdad y en su autoridad. Cuando se admite que admitir que está en discusión depende de la voluntad y de la acción colectivas, las ideas-fuerza del portavoz capaz de suscitar esta acción son infalsificables puesto que ellas tienen el poder de hacer que el porvenir que ellas

---

<sup>24</sup> Las estrategias de voto son también enfrentadas a la alternativa de la representación adecuada pero desprovista de fuerza y de la representación imperfecta pero, por lo mismo, poderosa: es decir que la lógica misma que identifica aisladamente e impotente constriñe a *elecciones de compromiso* y confiere una ventaja decisiva a las tomas de posición ya confirmadas por relación a las opiniones originales.

<sup>25</sup> No es por azar que el sondeo de opinión manifiesta la contradicción entre dos principios de legitimidad antagonistas, la ciencia tecnocrática y la voluntad democrática, alternando las cuestiones que invitan al juicio del experto o al voto del militante.

anuncian llegue a ser verdad. (Es sin duda lo que, por toda la tradición revolucionaria, la cuestión de la verdad es indisociable de la cuestión de la libertad o de la necesidad histórica: si se admite que el porvenir, es decir, la verdad política, depende de la acción de los responsables políticos y de las masas - todavía faltaría precisar en qué grado -, Rosa de Luxemburgo ha tenido razón contra Kautsky quien ha contribuido al porvenir lo que era probable, y que anuncia no haciendo lo que estaba por hacer según Rosa de Luxemburgo; en el caso contrario, Rosa de Luxemburgo ha tenido error porque no ha sabido prever el porvenir más probable).

Lo que sería un “discurso irresponsable” en la boca de aquél es una previsión razonable en la boca de aquélla. Los propósitos políticos, programas, promesas, previsiones o diagnósticos (“Nosotros ganaremos las elecciones”) no son más verificables o falsificables lógicamente; no son verdades sino en la medida en que aquel que las lanza (a su propia cuenta o al nombre de un grupo) es capaz de hacerlas históricamente verdaderas, haciéndolas ocurrir en la historia: lo que depende inseparablemente de su aptitud de apremiar de manera realista las oportunidades de logro de la acción destinada a hacerlas pasar al acto, y de sus capacidades de movilizar las fuerzas necesarias para realizarlas ahí, logrando inspirar la confianza en su propia veracidad, por tanto en sus oportunidades de éxito. Dicho de otra manera, la palabra del *portavoz* une una parte de su “fuerza ilocucionaria” a la fuerza (a nombre) del grupo que contribuye a producir como tal por el acto de simbolización, de representación; ella encuentra su principio en el golpe de fuerza por el cual, el locutor reviste su enunciado de toda la fuerza que su enunciado contribuye a producir, movilizándolo al grupo al cual se dirige. Eso se ve bien en la lógica tan típicamente política de la promesa o, mejor, de la predicción: verdadera *self-fulfilling prophecy*, la palabra por la cual el portavoz presta una voluntad, un proyecto, una esperanza o, simplemente un porvenir a un grupo, *hace lo que ella dice*, por tanto que los destinatarios se reconocen en ella, le confiere la fuerza simbólica y también material (bajo forma de votos, pero también de subvenciones, cuotas o fuerza de trabajo o de combate, etc.) que le permite realizarse. Es por lo que basta que las ideas sean producidas por *responsables políticos* para llegar a ser ideas-fuerza capaces de imponerse a la creencia o incluso palabras de orden capaces de movilizar o desmovilizar, como los errores son *faltas* o, en el lenguaje indígena, “traiciones”<sup>26</sup>

### Crédito y creencia

El capital político es una forma de capital simbólico, *crédito* fundado sobre la *creencia* y el *reconocimiento* o, más precisamente, sobre las innumerables operaciones

<sup>26</sup> La violencia de la polémica política, y el recurso constante a la pueta en cuestión ética, que se arma muy frecuentemente de argumentos *ad hominem*, se explica también por el hecho de que las ideas-fuerzas deben una parte de su crédito al crédito de la persona que las profesa y que no se trata solamente de refutarlas, por una argumentación puramente lógica y científica, sino de *desacreditarlas* desacreditando a su autor. Por la licencia que ella da para combatir a los adversarios en sus ideas pero también en su persona, la lógica del campo político suministra un terreno altamente favorable a las estrategias del resentimiento: es así como ella ofrece al primer llegado un medio de alcanzar, lo más frecuentemente por una forma rudimentaria de sociología del conocimiento, teorías o ideas que sería incapaz de someter a la crítica científica.

de crédito por las cuales los agentes confieren a una persona (o a un objeto) los poderes mismos que ellos le reconocen. Es la ambigüedad de la *fides*, analizada por Benveniste<sup>27</sup>: poder objetivo que puede ser objetivado en cosas (y en particular en todo lo que hace la simbología del poder, tronos, cetros y coronas), es el producto de actos subjetivos de reconocimiento y, en cuanto crédito y credibilidad, no existe sino en y por la representación, en y por la confianza, la creencia, la obediencia. El poder simbólico es un poder que aquél que lo sufre *da* a aquel que lo ejerce, un crédito con el cual lo acredita, una *fides*, una *auctoritas*, que le confía colocando en él su confianza. Es un poder que existe porque aquel que lo sufre cree que existe. *Credere*, dice Benveniste, “es literalmente colocar el *kred*, es decir el poder mágico, en un ser del que se espera protección, para luego creer en él”<sup>28</sup>. El *kred*, el crédito, el carisma, sólo sé porque se tienen estos de quien lo mantiene, es ese producto del *credo*, de la creencia, de la obediencia, que parece producir el *credo*, la creencia, la obediencia.

Como el campeón divino o humano que, según Benveniste, “tiene necesidad de que se crea en él, que se le confíe el *kred*, a cargo para él de derramar sus beneficios sobre aquellos que lo han apoyado así”<sup>29</sup>, el hombre político sostiene su fuerza política de la confianza que un grupo pone en él. Tiene su poder propiamente mágico sobre el grupo de la fe en la representación que da al grupo y que es una representación del grupo mismo y de su relación a los otros grupos. Mandatario unido a sus mandantes por una suerte de contrato racional (el programa), es también campeón, unido por una relación mágica de identificación con aquellos que, como se dice, “ponen en él todas sus esperanzas”. Y eso es porque su capital específico es un puro *valor fiduciario* que depende de la representación, de la opinión, de la creencia, de la *fides*, que el hombre político, como hombre de honor, es especialmente vulnerable a las sospechas, a las calumnias, al escándalo, en una palabra, a todo lo que amenaza la creencia, la confianza, haciendo aparecer al gran día los actos y los propósitos guardados, secretos, del presente o del pasado, que son propios para desmentir los actos y los propósitos presentes para desacreditar a su autor (y eso tanto más simplemente, como se verá, cuanto menos deba su capital a la delegación)<sup>30</sup>. Ese capital supremamente *labil* no puede ser conservado sino al precio del trabajo de todos los instantes que es necesario y para acumular el crédito y para evitar el descrédito; de ahí todas las prudencias, todos los silencios, todas las disimulaciones que impone a personajes públicos, sin cesar colocados ante el tribunal de la opinión, el cuidado constante de no decir o hacer nada que pueda ser recordado por

<sup>27</sup> E. Benveniste, *Le vocabulaire des institutions indoeuropéennes*, T. I, Paris, Ed. De Minuit, 1969, pp. 115-121.

<sup>28</sup> Ibid.

<sup>29</sup> E. Benveniste, *op. cit.*, p. 177.

<sup>30</sup> La prudencia extrema que define al político realiza lo que se mide en particular en el alto grado de eufemización de su discurso se explica sin duda por la vulnerabilidad extrema del capital político que hace del oficio de hombre político una profesión de alto riesgo, sobre todo en los períodos de crisis en los que, como se ve por De Goulle y Pétain, de pequeñas diferencias en las disposiciones y los valores comprometidos pueden estar al principio de elecciones totalmente exclusivas (del hecho que lo propio de situaciones extraordinarias es aniquilar la posibilidad de los compromisos, ambigüedades, dobles juegos, pertenencias múltiples, etc., que autoriza el recurso ordinario a criterios de clasificación múltiples y parcialmente integrados, imponiendo un sistema de clasificación organizado alrededor de un solo criterio).

la memoria de los adversarios, principio imputable de irreversibilidad, de no traicionar nada que pueda contradecir las profesiones de fe presentes o pasadas o en desmentir la constancia en el curso del tiempo. Y la atención especial que los hombres políticos deben acordar a todo lo que contribuye a producir la representación de su *sinceridad* o de su desinterés se explica si se sueña que esas disposiciones aparecen como la garantía última de la representación del mundo social que ellos se esfuerzan por imponer, “ideales” e “ideas” que tienen la misión de hacer aceptar<sup>31</sup>.

### Las especies del capital político

“Banquero de hombres en régimen de monopolio”<sup>32</sup>, como dice Gramsci a propósito de los funcionarios sindicales, el hombre político debe su autoridad específica en el campo político - lo que en lenguaje indígena se llama su “peso político” - a la fuerza de movilización que detenta sea a título personal, sea por delegación, en cuanto mandatario de una organización (partido, sindicato) detentora de un capital político acumulado en el curso de las luchas pasadas, y en primer lugar bajo forma de puestos - en el aparato o fuera del aparato - y de militantes atados a estos puestos<sup>33</sup>. El capital personal de “notoriedad” y de “popularidad” fundado sobre el hecho de “*ser conocido y reconocido*” en su persona (tener un “nombre”, un “renombre”, etc.), y también sobre la posesión de un cierto número de cualificaciones específicas que son la condición de la adquisición y de la conservación de una “buena reputación”, son frecuentemente el producto de la reconversión de un capital de notoriedad acumulada sobre otros terrenos y en particular en profesiones que, como las profesiones liberales, aseguran el tiempo libre, y que suponen un cierto capital cultural y, en el caso de los abogados, un dominio

<sup>31</sup> Es lo que hace que el hombre político ha partido ligado con el periodista, poseedor de un poder sobre los instrumentos de gran difusión que le da un poder sobre toda especie de capital simbólico (el poder de “hacer o de deshacer las reputaciones” del que el asunto del Watergate ha dado la medida). Capaz, al menos en ciertas coyunturas políticas, de controlar el acceso de un hombre político o de un movimiento al estatuto de fuerza política que cuenta, el periodista está consagrado, como el crítico, al rol de *hacer-valer* fuera de estado de hacer para él mismo lo que hace para los otros (y las tentativas que puede hacer para movilizar a favor de su persona o de su obra las autoridades intelectuales o políticas que deben cualquier cosa a su acción de hacer valer, son de antemano, condenadas. También está unido a aquellos a los que ha contribuido a hacer (en proporción de su valor en tanto que hacer-valer) por una relación de profunda *ambivalencia* que le lleva a balancear entre la sumisión admirativa o servil y el resentimiento pérfido, presta a expresarse al primer mal paso del ídolo al que contribuyó a producir.

<sup>32</sup> “Estos jefes han llegado a ser banqueros de hombres en régimen de monopolio, y la menor alusión a una incompetencia les hace locos de terror y de desesperación” (A. Gramsci, *op. cit.*, T. II, p. 85). “Por muchos aspectos, los jefes sindicales representan un tipo social parecido al *banquero*: un banquero experto que tiene buen ojo en los negocios, que sabe prever con una cierta exactitud el curso de las bolsas y contratos, da crédito a su casa, atrae los ahorros y los descuentos; un jefe sindical que en pleno enfrentamiento de las fuerzas sociales en lucha sabe prever los resultados posibles, atrae las masas a su organización, llega a ser un *banquero de hombres*” (*op. cit.*, p. 181).

<sup>33</sup> La oposición entre las dos especies de capital político está al principio de una de las diferencias fundamentales entre los elegidos del PC y los del PS: “Ahora que la gran mayoría de los alcaldes socialistas evocan su 'notoriedad', ya sea fundada sobre el prestigio familiar, la competencia profesional, o los servicios dados a título de una actividad cualquiera, los dos tercios de los comunistas se estiman primero y ante todo de delegados de su partido” (D. Lacorne, *Les notables rouges*, Paris, Presses de la fondation nationale des sciences politiques, 1980, p. 67).

profesional de la elocuencia. Mientras que este capital personal de *notable* es el producto de una acumulación lenta y continua que toma en general toda una vida, el capital personal que se puede llamar heroico o profético y en el que piensa Max Weber cuando habla del “carisma”, es el producto de una acción inaugural, realizada en situación de crisis, en el vacío y el silencio dejados por las instituciones y los aparatos: acción profética de donación de sentido, que se funda y se legitima ella misma, retrospectivamente, por la confirmación que su propio éxito confiere al lenguaje de crisis y a la acumulación inicial de fuerza de movilización que ha realizado<sup>34</sup>.

Al opuesto del capital personal que desaparece con la persona de su portador (aunque pueda dar lugar a querellas de herencia), el capital delegado de autoridad política es, como el del sacerdote, del profesor y, más generalmente del *funcionario*, el producto de la transferencia unida y provisoria (de cualquier manera renovable, a veces \*\*) de un capital detentado y controlado por la institución y por ella sola<sup>35</sup>: es el partido quien, a través de sus cuadros y sus militantes, ha acumulado en el curso de la historia un capital simbólico de *reconocimiento* y de *fidelidades* y que se ha dotado, por y para la lucha política, de una organización permanente de permanentes capaces de movilizar a los militantes, a los adherentes y a los simpatizantes y de organizar el trabajo de propaganda necesaria para obtener los votos y, por ello, los puestos, que permitan mantener y tener durablemente a los permanentes. Este aparato de movilización, que distingue al partido o al sindicato tanto del club aristocrático como del grupo intelectual, reposa *en la \*\** sobre estructuras objetivas como la burocracia de la organización propiamente dicha, los puestos que ofrece, con todos los beneficios correlativos, en ella misma o en las administraciones públicas, las tradiciones de reclutamiento, de formación y de selección que la caracterizan, etc., y sobre disposiciones que tratan de la fidelidad al partido o principios incorporados de di-visión del mundo social que los dirigentes, los permanentes o los militantes ponen en práctica en su práctica cotidiana y en su acción propiamente política.

La adquisición de un capital delegado obedece a una lógica muy particular: la *investidura*, acto propiamente mágico de *institución* por el cual el partido *consagra* oficialmente al candidato oficial a una elección y que marca la transmisión de un capital político como la investidura medieval solemnizaba la “tradicción” de un feudo o de un bien raíz, no puede ser sino la contrapartida de una larga *inversión* de tiempo, de trabajo, de sacrificio, de devoción a la institución. No es por azar que las iglesias, como los partidos, coloquen tan frecuentemente en su cabeza a los oblatos<sup>36</sup>. La ley que rige los intercambios entre los agentes y las instituciones puede enunciarse así: la institución da

---

<sup>34</sup> Se pensará sin duda en la aventura gaullista. Pero se encontrará también el equivalente en una región verdaderamente opuesta del espacio social y político. Es así como Denis Lacorne observa que los elegidos comunistas que gozan de una notoriedad personal deben casi siempre su estatuto de “personalidad local” a un “acto de naturaleza heroica” realizada durante la segunda guerra mundial. (D. Lacorne, *op. cit.*, p. 69)

<sup>35</sup> Esto dicho, la misión política se distingue, incluso en este caso, de una simple función burocrática en que ella queda siempre, como se ha visto, como una misión personal, que compromete toda la persona.

<sup>36</sup> No es el sólo trato que sugiere que el movimiento obrero reemplaza para la clase obrera una función homóloga de aquella que llena la Iglesia para los campesinos y para ciertas fracciones de la pequeña burguesía.

todo, comenzando por el poder sobre la institución, a aquellos que han dado todo a la institución, pero porque ellos no eran nada fuera de la institución y sin la institución y no pueden renegar de la institución sin negarse pura y simplemente privándose de todo lo que son por y para la institución a la cual deben todo<sup>37</sup>. En una palabra, la institución invierte en aquellos que han *invertido* en la institución: la inversión consiste no solamente en servicios dados, frecuentemente tanto más raros y preciosos cuanto más costosos psicológicamente (como todas las “pruebas” iniciáticas), o incluso en obediencia a las consignas o en conformidad a las exigencias de la institución pero también en inversiones psicológicas, que hacen que la exclusión, como contracción del capital de autoridad de institución, tome tan frecuentemente la forma de una *quiebra*, de una *bancarrota* a la vez social y psicológica (esa tanto más cuanto, como la excomunión y la exclusión del sacrificio divino, se acompaña de un ‘áspero boicoteo social’ “bajo la forma de negativa a tener relaciones con el excluido”)<sup>38</sup>. El que es investido de un *capital de función*, equivalente de la “gracia institucional” o del “carisma de función” del sacerdote, puede no poseer ninguna otra “calificación” sino aquella que le otorga la institución por el acto de investidura. Y es todavía la institución quien controla el acceso a la *notoriedad personal* controlando, por ejemplo, el acceso a las posiciones más *en vista* (aquella de secretario general o portavoz) o a los lugares de publicidad (como hoy en día la televisión o las conferencias de prensa); aunque el poseedor de un capital delegado pueda siempre obtener capital personal por una estrategia sutil consistente en tomar, por relación a la institución, el máximo de distancia compatible con el mantenimiento de la pertenencia y la conservación de las ventajas correlativas. Se sigue que el elegido del aparato, depende al menos, tanto del aparato como de sus electores - que él debe al aparato y que pierde en caso de ruptura con el aparato -. Se sigue también que, a medida que la política se “profesionaliza” y que los partidos se “burocratizan”, la lucha por el poder político de movilización tiende siempre más a llegar a ser una competencia en dos grados: es de la salida de la competencia por el poder sobre el aparato que se desarrolla, en el seno del aparato, *sólo entre profesionales*, que depende la elección de aquellos que podrán entrar en la lucha por la conquista de los simples laicos; lo que vuelve a decir que la lucha por el monopolio de la elaboración y de la difusión de los principios de di-visión del mundo social es cada vez más estrechamente reservada a los profesionales y a las grandes unidades de producción y de difusión, excluyendo de hecho a los pequeños productores independientes (comenzando por los “intelectuales libres”).

### La institucionalización del capital político

<sup>37</sup> Se puede citar aquí a Michels: “Los conservadores más tenaces de un partido son aquellos que más dependen de él” (R. Michels, *op. cit.*, p. 101). Y más lejos: “Un partido que dispone de una caja bien amueblada puede no solamente renunciar al apoyo material de sus miembros más afortunados y eliminar así su preponderancia en los negocios interiores, sino también darse un cuerpo de funcionarios fieles y devotos, porque sacan del partido sus únicos medios de existencia” (R. Michels, *op. cit.*, p. 105). O Gramsci: “Hoy, los representantes de los intereses constituidos, es decir, los representantes de las cooperativas, de las oficinas de colocación, de las viviendas obreras, de las municipalidades, de las cajas de prevención, aunque siendo minoría en el partido, tienen la ventaja sobre los tribunos, sobre los periodistas, sobre los profesores, sobre los abogados, quienes persiguen inaccesibles y vanos planes ideológicos” (A. Gramsci, *op. cit.*, II, p. 193).

<sup>38</sup> M. Weber, *op. cit.*, II, p. 880 y también p. 916.

La delegación del capital político presupone la objetivación de esta especie de capital en instituciones permanentes, su materialización en “máquinas” políticas, en puestos e instrumentos de movilización, y su reproducción continuada por mecanismos y estrategias. Ella es por tanto, el hecho de empresas políticas antiguas que han acumulado un importante capital político objetivado, bajo la forma de puestos en el seno del partido mismo, en todas las organizaciones más o menos subordinadas al partido y también en los organismos del poder local o central y en todo la red de empresas industriales o comerciales que viven en simbiosis con esos organismos. La objetivación del capital político asegura una independencia relativa por relación a la sanción electoral substituyendo a la dominación directa sobre las personas y a las estrategias de inversión personal (“pagar de su persona”) la dominación mediata que permite tener durablemente los poseedores de puestos manteniendo los puestos<sup>39</sup>. Y se comprende que a esta definición nueva de posiciones corresponden características nuevas en las disposiciones de sus ocupantes: en efecto, más se institucionaliza el capital político bajo la forma de puestos a tomar y más beneficios hay para ingresar en el aparato, a la inversa de lo que pasa en las fases iniciales o en los tiempos de crisis - en período revolucionario, por ejemplo - donde los riesgos son grandes y los beneficios reducidos. El proceso que se designa frecuentemente de la palabra vaga de “burocratización” se comprende si se ve que, a medida que se avanza en el ciclo de vida de la empresa política, los efectos que la oferta de puestos estables de permanentes ejerce sobre el reclutamiento, vienen a redoblar los efectos, frecuentemente observados<sup>40</sup>, que ejerce el acceso a las posiciones de permanentes (y a los privilegios, relativos, que ellas aseguran a los militantes salidos de la clase obrera). Entre más avanzado está el proceso de institucionalización del capital político, más la conquista de los “espíritus” tiende a subordinarse a la conquista de los puestos y más los militantes, ligados por el sólo sacrificio a la “causa”, reculan al beneficio de las “prebendas”, como las llama Weber, suerte de *clientes*, durablemente ligados al aparato por los beneficios y los éxitos que les asegura, sosteniendo el aparato, tanto como aquél los sostiene redistribuyéndoles una parte del botín material o simbólico que conquista gracias a ellos (por ejemplo los *spoils* de los partidos americanos)<sup>41</sup>. Dicho

<sup>39</sup> Estos análisis se aplican también al caso de la Iglesia: a medida que el capital político de la Iglesia se objetiva en instituciones y, como es el caso en el período reciente, en puestos controlados por la Iglesia (en la enseñanza, la prensa, los movimientos de jóvenes, etc.), el poder de la Iglesia tiende a descansar cada vez menos sobre la inculcación y la “cura de almas”; de suerte que se mide sin duda mejor por el número de puestos y de agentes mediatamente controlados por la Iglesia que por el número de los que van a Misa o de “pascuales”.

<sup>40</sup> “El desarrollo normal de la organización sindical engendra resultados enteramente opuestos a aquellos que habían sido previstos por el sindicalismo: los obreros convertidos en dirigentes sindicales perdieron completamente la vocación laboral y el espíritu de clase y adquieren todos los caracteres del funcionario pequeño burgués, intelectualmente perezoso, moralmente pervertido o fácil de pervertir. Más el movimiento sindical se alarga abrazando grandes masas, más se esparce el funcionarismo”. (A. Gramsci, *op. cit.*, t. III, pp. 206-207)

<sup>41</sup> “Los alcaldes, son para el partido socialista lo esencial de los medios, de los hombres, de las influencias (...). Tanto como tenga alcaldes, el partido durará, se mantendrá quien quiera que llegue. Se comprende que las municipalidades sean el gran negocio de los socialistas. Al límite, el único negocio serio. La ideología, las declaraciones de principios, los planes de acción, los programas, los debates, discusiones, diálogos, es importante, seguro (...). Pero al nivel local el partido está en el poder, o al menos tiene la ilusión de estarlo. Es porque no se juega más cuando se trata de elecciones

de otra manera, a medida que avanza el proceso de institucionalización y que crece el aparato de movilización, el peso de los imperativos ligados a la reproducción del aparato y de los puestos que ofrece, atando a sus ocupantes por toda clase de intereses materiales o simbólicos, no cesa de crecer, tanto en la realidad como en los cerebros, por relación a aquellos que impondrían la realización de los fines proclamados por el aparato: y se comprende que los partidos puedan ser así llevados a sacrificar su programa para mantenerse en el poder o simplemente en la existencia.

### Campos y aparatos

No hay empresa política que, por monolítica que ella pueda parecer, no sea el lugar de enfrentamientos entre tendencias e intereses divergentes<sup>42</sup>, queda que los partidos están tanto más orientados a funcionar según la lógica del aparato capaz de responder instantáneamente a las exigencias estratégicas inscritas en la lógica del campo político, cuanto más disminuidos estén sus mandantes culturalmente y más atados a los valores de fidelidad, tanto más inclinados, pues, a la delegación incondicional y durable; que son más antiguos y más ricos en capital político objetivado, más fuertemente determinados, pues, en sus estrategias, por el cuidado de “defender lo adquirido”; que están más expresamente dispuestos en vistas de la lucha, por tanto organizados según el modelo militar de los aparatos de movilización; cuanto sus cuadros y sus permanentes estén más desprovistos de capital económico y cultural, por tanto más totalmente dependientes de la consideración del partido.

La combinación de la fidelidad inter e intra-generacional que le asegura una clientela relativamente estable, despoja a la sanción electoral de una gran parte de su eficacia, y de la *fides implicita*, que pone a los dirigentes al abrigo del control de los profanos, es lo que hace que, paradójicamente, no haya empresas políticas que sean más independientes de las coacciones y controles de la demanda y más libres de obedecer a la sola lógica de la competencia entre los profesionales (a veces al precio de los cambios de frente más súbitos y más paradójicos) como los partidos que se reclaman más altamente a la defensa de las masas populares<sup>43</sup>. Tanto más cuando tienden a aceptar el dogma bolchevique según el cual el hecho de hacer intervenir a los profanos en las luchas

---

municipales. Se entra en lo concreto. Se defiende su terreno, sin charlas teóricas, ásperamente, duramente, hasta el final”. (P. Guidoni, *Histoire du nouveau Parti socialiste*, Paris, Tema-Action, 1973, p. 120).

<sup>42</sup> Es lo que se observa en el caso en apariencia más desfavorable, la del partido bolchevique: “Detrás de la fachada de una unidad política y organizacional proclamada, conocida bajo el nombre de 'centralismo democrático', no había en 1917, ni incluso en años más tarde, filosofía o ideología política bolchevique uniformes. A la inversa, el partido ofrecía una remarcada variedad de puntos de vista: las diferencias iban de cuestiones de palabras a conflictos sobre las opciones fundamentales” (S. Cohen, *op. cit.*, 1979, p. 19).

<sup>43</sup> Si se sabe el lugar que el sistema de valores populares acuerda a virtudes como la integridad (“ser entero”, “todo de una pieza”, etc.), la fidelidad a la palabra dada, la lealtad hacia los suyos, la constancia de sí mismo (“yo, yo soy así”, “no me cambiarán”, etc.), además de disposiciones que, en otros universos, aparecerían como una forma de rigidez, hasta de estupidez, se comprende que el efecto de la fidelidad a las elecciones originarias, que tiende a hacer de la pertenencia política una propiedad casi hereditaria y capaz de sobrevivir a los cambios de condición intra e inter-generacionales, se ejerce con una fuerza particular en \*\*\*

internas al partido, de apelar a ellos, o, muy simplemente, de dejar filtrar fuera los desacuerdos internos, tiene algo de ilegítimo.

Igual, los permanentes no dependen jamás tanto del partido como cuando su profesión no les permite participar en la vida política sino al precio de un sacrificio de tiempo y de dinero: ellos no pueden ahora esperar sino del partido el *tiempo libre* que los notables deben a su renta o a la manera como ellos la adquieren, es decir, sin trabajar o por un trabajo intermitente<sup>44</sup>. Y su dependencia es tanto más total cuanto más débil es el capital económico y cultural que poseían antes de su entrada al partido. Se comprende que los permanentes salidos de la clase obrera tengan el sentimiento de deberle todo al partido, no solamente su posición, que les libera de servidumbres de su antigua condición, sino su cultura, en una palabra, todo lo que hace su ser presente: “Es que aquel que vive la vida de un partido como el nuestro no hace sino elevarse. Yo partí con el bagaje de un primario y el partido me ha obligado a educarme. Es necesario trabajar, es necesario consultar, es necesario leer, es necesario ponerse en el baño... ¡Es una obligación! Si no... yo sería un burro a los 50 años!! Yo, yo digo, 'un militante debe todo a su partido'”<sup>45</sup>. Se comprende también que, como lo ha establecido Denis Lacorne, “el espíritu de partido” y la “fiebre partidaria” sean netamente más marcadas entre los permanentes del partido comunista que entre los permanentes del partido socialista que, siendo más frecuentemente salidos de las clases medias y superiores, y especialmente de los cuerpos de enseñanza, sean menos totalmente tributarios del partido.

Se ve que la disciplina y el adiestramiento, tan frecuentemente sobrestimados por los analistas, quedarían totalmente impotentes sin la complicidad que ellos encuentran en las disposiciones de sumisión forzada o electiva que los agentes importan en el aparato y que son ellas mismas continuamente reforzadas por la confrontación con disposiciones afines y por intereses inscritos en los puestos de aparato. Se puede decir indiferentemente que ciertos habitus encuentran las condiciones de su cumplimiento, hasta de su expansión, en la lógica del aparato; o, a la inversa, que la lógica del aparato

---

<sup>44</sup> A pesar de que presenta tratos invariantes, la oposición entre los *permanentes* y los simples adherentes (o, con más fuerte razón, los votantes ocasionales) reviste sentidos muy diferentes según los partidos. Aquí, por intermedio de la distribución del capital y sobre todo quizás del *tiempo libre* entre las clases. (Se sabe en efecto que si la democracia directa no resiste a la diferenciación económica y social, es que, por intermedio de la distribución desigual del tiempo libre que de ahí resulta, se introduce la concentración de los cargos administrativos en beneficio de aquellos que disponen del tiempo necesario para cumplir las funciones gratuitamente o contra una débil remuneración). Ese principio simple podría también contribuir a explicar la participación diferencial de las diferentes profesiones (o incluso de los diferentes estatutos en una misma profesión) en la vida política o sindical y, más generalmente, en todas las responsabilidades semi-políticas: Max Weber remarca así que los directores de los grandes institutos de medicina y de ciencias de la naturaleza son poco llevados y aptos para ocupar los puestos de rector (M. Weber, *op. cit.*, II, p. 698) y Robert Michels indica que los científicos que han tomado una parte activa en la vida política “han visto sus aptitudes científicas padecer una baja lenta, pero progresiva” (R. Michels, *op. cit.*, p. 155). Si se agrega que las condiciones sociales que favorecen o autorizan la negativa a dar su tiempo a la política o a la administración estimulan también, muy frecuentemente, el desdén aristocrático o profético por los beneficios *temporales* que estas actividades pueden prometer o procurar, se comprende mejor ciertas invariantes estructurales de la relación entre los intelectuales de aparato (político, administrativo u otro) y los intelectuales “libres”, entre teólogos y obispos, o entre investigadores y docentes, rectores o administradores científicos, etc.

<sup>45</sup> ¿¿(está cortada la nota en la fotocopia)

“explota” en su beneficio las tendencias inscritas en los *habitus*. Se podría invocar de un lado todos los procedimientos, comunes a todas las instituciones totales, por las cuales el aparato, o aquellos que lo dominan, imponen la disciplina y meten al paso a los heréticos y los disidentes o los mecanismos que, con la complicidad de aquellos a cuyos intereses sirven, tienden a asegurar la reproducción de las instituciones y de sus jerarquías. Del otro lado, no se terminaría de enumerar y de analizar las disposiciones que ofrecen a la mecanización militarista sus instancias y sus rodajes: ya sea que se trate de la relación dominada a la cultura que inclina a los permanentes salidos de la clase obrera hacia una forma de anti-intelectualismo propio para servir de justificación o de coartada a una suerte de jdanovismo espontáneo y de corporativismo obrerista; o del resentimiento que encuentra su cuenta en la visión estaliniana (en el sentido histórico), es decir, policiaco, de las “fracciones” y en la propensión a pensar la historia en la lógica del complot; o aún, de la culpabilidad que, inscrita en la posición de voladizo del intelectual, alcanza su intensidad máxima en el intelectual salido de las clases dominadas, tráfuga frecuentemente hijo de tráfuga que Sartre ha evocado magníficamente en el prefacio de *Aden Arabie*. Y no se comprenderían ciertos “éxitos” extremos de la manipulación del aparato si no se ve en qué punto estas disposiciones son objetivamente orquestadas, las diferentes formas del miserabilismo, que predisponen los intelectuales al obrerismo, viniendo, por ejemplo, a ajustarse al jdanovismo espontáneo para favorecer la instauración de relaciones sociales en las cuales el perseguido se hace cómplice del perseguidor.

Queda que el modelo organizacional de tipo bolchevique que es impuesto en la mayor parte de los partidos comunistas permite realizar hasta sus últimas consecuencias las tendencias inscritas en la relación entre las clases populares y los partidos. Aparato (o institución total) llevado y dispuesto en vistas a la lucha, real o representada, y fundado sobre la *disciplina* que permite hacer actuar un conjunto de agentes (aquí militantes) “como un sólo hombre” en vistas de una causa común, el partido comunista encuentra las condiciones de su funcionamiento en la lucha permanente de la que el campo político es el lugar y que puede ser reactivada o intensificada a voluntad. En efecto, del hecho que la disciplina que, como observa Weber, “asegura la uniformidad racional de la obediencia de una pluralidad de hombres”<sup>46</sup> encuentra su justificación, si no su fundamento, en la lucha, basta invocar la lucha real o potencial, incluso reavivarla más o menos artificialmente, para restaurar la legitimidad de la disciplina<sup>47</sup>. Se sigue

<sup>46</sup> ¿¿(está cortada la nota en la fotocopia)

<sup>47</sup> Robert Michels, que nota la estrecha correspondencia entre la organización del “partido democrático de combate” y la organización militar y los plagios numerosos (particularmente en Engles y Bebel) de la terminología socialista en jerga militar, observa que los dirigentes, que, como él lo recuerda, han partido ligados con la disciplina y con la centralización (R. Michels, *op. cit.*, pp. 129, 144), no omiten hacer un llamado a la magia del interés común y a los “argumentos de orden militar” todas las veces que su posición es amenazada: “Se sostiene especialmente que, no fué sino por razones de orden táctico y a fin de mantener la cohesión necesaria frente al enemigo, los adherentes del partido no deberían en ningún caso negar su confianza a los jefes que ellos se han dado libremente” (R. Michels, *op. cit.*, p. 163). Pero, es sin duda con Stalin que la estrategia de la *militarización* que, como lo remarca Stephen Cohen, es sin duda la sola contribución original de Stalin al pensamiento bolchevique, por tanto la característica principal del estalinismo, encuentra su cumplimiento: los sectores de intervención llegan a ser “frentes”(frente de grano, frente de la filosofía, frente de la literatura, etc.); los objetivos o los problemas son “fortalezas” que las “brigadas teóricas” deben “tomar por asalto”, etc. Este pensamiento “militar” es evidentemente maniqueo, celebran un grupo, una escuela de

que, como dice un poco Weber, la situación de lucha refuerza la posición de los dominantes en el seno del aparato de lucha y reenvía a los militantes del rol de tribunos encargados de expresar la voluntad de la base que ellos pueden reivindicar a veces al nombre de la definición oficial de su función a la función de simples “cuadros” encargados de hacer *ejecutar* las órdenes y las palabras de orden de la dirección central y consagradas por los “camaradas competentes” a la “democracia de ratificación”<sup>48</sup>. Y nada expresa mejor la lógica de esta organización de combate que el proceder del “¿Quién es contra?” tal como lo describe Boukharine: se convoca a los miembros de la organización, explica, y se les pregunta “¿Quién es contra?”; y como todos tienen más o menos miedo de ser contra, el individuo designado es nombrado secretario, la resolución propuesta es adoptada, y siempre por unanimidad<sup>49</sup>. El proceso que se llama “militarización” consiste en el hecho de autorizarse de la situación de “guerra” a la cual se encuentra enfrentada la organización, y que puede ser producida por un trabajo sobre la *representación* de la situación, a fin de producir y de reproducir continuamente el *miedo de ser contra*, fundamento último de todas las disciplinas militantes o militares. Si el anticomunismo no existiera, el “comunismo de guerra” no dudaría en inventarlo. Toda oposición del interior siendo orientada a aparecer como colusión con el enemigo, refuerza la militarización que ella combate reforzando la unanimidad del “nosotros” asediado que predispone a la obediencia militar: la dinámica histórica del campo de luchas entre ortodoxos y heréticos, partidarios del pro y partidarios del contra, cede el lugar a la mecánica del aparato que anula toda posibilidad práctica de ser contra, por una explotación semi-racional de los efectos psicosomáticos de la exaltación de la unanimidad de las adhesiones y de las aversiones, o, a la inversa, de la angustia de la exclusión y de la excomunión, haciendo del “espíritu de partido” un verdadero *espíritu de cuerpo*.

Así, la ambigüedad misma de la lucha política, ese combate por “ideas” e “ideales” que es inseparablemente un combate por poderes y, se quiera o no, privilegios, está al principio de la contradicción que frecuenta todas las empresas políticas arregladas en vistas a la subversión del orden establecido: todas las necesidades que pesan sobre el mundo social concurren a hacer que la función de movilización, que apela a la lógica mecánica del aparato, tienda a tomar el paso sobre la función de expresión y de representación, que reivindican todas las ideologías profesionales de los hombres de aparato (aquella del “intelectual orgánico” como aquella del partido “partero” de la clase) y que no puede ser asegurada realmente sino por la lógica dialéctica del campo. La

---

pensamiento o una concepción constituida en ortodoxia para aniquilar mejor todas las otras (cf. S. Cohen, *op. cit.*, pp. 367-368 y 388)

<sup>48</sup> Se ve que las luchas llevadas al interior del partido comunista contra el autoritarismo de los dirigentes y contra la prioridad que ellos dan a los intereses del aparato por relación a los intereses de los mandantes no pueden sino reforzar las tendencias mismas que combaten: basta en efecto a los dirigentes invocar, hasta suscitar, la lucha política, en particular contra los competidores más inmediatos, para autorizar el llamado a la disciplina, es decir, a la sumisión a los dirigentes, que se impone en tiempos de lucha. (En este sentido, la denuncia de anticomunismo es un arma absoluta en las manos de aquellos que dominan el aparato, puesto que ella descalifica la crítica, aún la objetivación, e impone la unidad contra el exterior).

<sup>49</sup> Cf. S. Cohen, *op. cit.*, p. 185. Una etnografía de las prácticas de asamblea ofrecería mil ilustraciones de los procesos de imposición autoritaria que se apoyan sobre la imposibilidad práctica de romper, *sin inconveniencia*, la unanimidad \*\*\* (nota interrumpida en la fotocopia)

“revolución por en alto”, proyecto de aparato que supone y produce el aparato, tiene por efecto interrumpir esta dialéctica, que es la historia misma, primero en el campo político, ese campo de luchas a propósito de un campo de luchas y de la representación legítima de esas luchas, pues en el seno mismo de la empresa política, partido, sindicato, asociación, que no puede funcionar como un sólo hombre sino sacrificando los intereses de una parte, si no de la totalidad, de sus mandantes.